



**HAL**  
open science

## Genio y figura de Fray Hortensio Paravicino

Francis Cerdan

► **To cite this version:**

Francis Cerdan. Genio y figura de Fray Hortensio Paravicino. *Trinitarium. revista de historia y espiritualidad trinitarias*, 2006, 15, pp.39-57. halshs-00138441

**HAL Id: halshs-00138441**

**<https://shs.hal.science/halshs-00138441v1>**

Submitted on 27 Mar 2007

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

# Genio y figura de Fray Hortensio Paravicino

(Semblanza moral y espiritual de un Predicador Real del Siglo de Oro)

Francis CERDAN  
LEMSO. Laboratoire FRAMESPA (CNRS UMR 5136  
Univerité de Toulouse-Le Mirail

Al mirar los retratos de Fray Hortensio Paravicino pintados por el Greco, y más particularmente el de Boston, donde está representado sentado en un sillón con libros en la mano izquierda, no podemos menos que experimentar la impresión de quedar interpelados por ese personaje que clava a quien le está contemplando una intensa mirada interrogante. ¿En presencia de quién estamos? No se trata sólo de un anónimo fraile trinitario sesgado en noble postura estudiosa. No se trata de un personaje anodino cuyo demacrado semblante, con fina barba, queda realzado por el hábito blanco y negro esmaltado por la amatesada cruz de azul y rojo. Todo menos quedar indiferente frente a él. Nace una oscura necesidad de ir más allá de la sencilla admiración estética. Nos interrogamos, forzosamente, sobre la personalidad de ese ser tan singular.

Cualquier interpretación es, desde luego, subjetiva y aleatoria. Así, Emilio Alarcos García, al abrir su estudio sobre *Los sermones de Paravicino*, lo presenta de la manera siguiente:

Cabello abundante, negro y sedoso, con un rizo que cae sobre la frente ; ojos también negros, vivos y penetrantes ; boca entreabierta, dispuesta a la sonriza ; manos suaves y acogedoras. Toda la figura respira nobleza y distinción, bondad e inteligencia<sup>1</sup>.

Por mi parte, sucumbiendo a semejante tentación, escribí en la introducción a la edición de los *Sermones cortesianos* :

Iluminando un pálido rostro demacrado, orlado por el negro cabello undoso y la fina barba en punta, dos ojos negros, vivos y ardientes, fijan intensamente, como si la interpelaran, a la persona que le está mirando. Con la postura general, la posición sentada en el noble sillón y el cromatismo (negro y blanco) del hábito, toda la figura refleja viva inteligencia y sobria elegancia : lo ingenioso junto a lo

---

<sup>1</sup> - *Revista de Filología Española*, XXIV, 1937, p. 162.

bizarro, según la fórmula que empleará más tarde Gracián para ponderar la elocuencia de Fray Hortensio<sup>2</sup>.

¿Quién es, pues, ese hombre singular que sirvió de modelo al Greco ?

Fray Hortensio Paravicino fue, en su tiempo, un personaje de primer plano. Predicador Real de Felipe III y después de Felipe IV, vivió intensamente, durante casi treinta años, la vida de la corte, frecuentando los ministros, los grandes y los nobles, tratándose con las figuras más marcantes de su época y participando activamente en la vida literaria de los años mayores del Siglo de Oro.

Al recordar estas conocidas evidencias, sólo presentamos a un personaje en relación con su tiempo, un « personaje social », para decirlo así, más que a un personaje en su individualidad, o sea, más sencillamente, a un individuo. Ahora bien, hartos sabido es que la personalidad queda constituida por numerosas capas y que el núcleo central es el carácter del individuo. Las aportaciones de la caracteriología y, en particular, los trabajos de René Le Senne y de Gaston Berger, publicados en años ya remotos, han sido aprovechados por todas las ciencias humanas y la crítica literaria no puede ignorarlos<sup>3</sup>. Pero no se trata aquí de bosquejar un « análisis de la personalidad » con fines de clínico. Lo interesante, para nosotros, es intentar explicar quién era el autor (o sea el hombre) en la doble problemática que acompaña a los estudios literarios, esos dos « binomios » como se ha podido decir : época/autor y autor/obra. Se impone a nosotros cierta dialéctica. El examen de lo que escribió Paravicino en tal o cual ocasión, el análisis detallado de ciertas páginas nos llevan a sacar determinadas conclusiones en cuanto a su carácter y a su personalidad, pero, al mismo tiempo, algunos aspectos de su personalidad, fruto de una vivencia determinada por un acondicionamiento social particular, permiten acercarse mejor -y explicar- el alcance ideológico de sus escritos o de algunos pasajes de sus sermones. Si, para seguir la caracteriología, Góngora fue un « nervioso » y « Quevedo un « colérico », Paravicino fue un « apasionado ».

Lo primero que llama la atención, en efecto, a lo largo del discurso de su vida es, marcadamente, esa ambición realizadora que caracteriza, en primer lugar, a los apasionados. Vemos a Hortensio, desde su menor edad, niño precoz que extraña a sus maestros y que, en una hora de estudio, aprende mucho más que los otros alumnos en el doble de tiempo. Lo

---

<sup>2</sup> - *Sermones cortesanos*, Madrid, Castalia-Comunidad de Madrid, 1994, p. 9.

<sup>3</sup> - Me refiero especialmente al *Traité de caracterologie* de René le Senne, Paris, PUF, 1945, con varias reediciones (hay traducción al castellano) y el *Traité pratique d'analyse du caractère* de Gaston Berger, Paris, PUF, 1967. Sigo también los pasos de Fernando Lázaro Carreter que publicaba en su libro *Estilo barroco y personalidad creadora*, un capítulo titulado « Para una etopeya de Góngora », Salamanca, Anaya, 1966, pp.143-171.

vemos quemar las etapas para ser proclamado maestro y doctor en teología, contando sólo veintidós años. Y, más que nada, un hecho muy revelador : siendo él religioso aun novato, en 1606, sus hermanos de hábito lo eligen definidor de la provincia de Castilla. A partir de 1614 y sin ninguna interrupción hasta 1630, tres años antes de su muerte, llevará siempre un cargo oficial trinitario, sucesivamente visitador de Andalucía, provincial de Castilla, luego ministro de su convento de la calle de Atocha de Madrid y luego, de nuevo, cada uno de esos cargos. La vida religiosa asienta en tres pilares, entre los cuales la obediencia, y para que haya obediencia, es preciso que existan superiores que manden. Parece ser que Paravicino fue un « superior-nato », un « prelado » de su orden. Se sabe, por los archivos trinitarios conservados hoy en el Archivo Histórico Nacional, que más de una vez tuvo que enfrentarse con algunos de sus hermanos de hábito o que no vaciló en entrar en conflicto con el provincial que le había sucedido. Como las abejas van a la miel, los versos anónimos escritos por otro fraile trinitario de Toledo le acusan de haber ambicionado ser general de su orden. Gusto por el poder, desde luego, pero al servicio de lo que era para él una noble causa. Diremos también que su vocación de predicador (a pesar de tener, según los primeros biógrafos, en particular Nicolás Antonio, una voz bastante endeble) revela asimismo esa ambición realizadora de los apasionados. Fray Hortensio tenía plena conciencia de la importancia de esa misión de predicador y a menudo salpicaba sus sermones de reflexiones sobre ese ministerio.

De ahí se comprende que puso todo su empeño en ser nombrado Predicador Real. Siempre se podrán aducir razones diversas ; el cargo iba acompañado de gajes, confería más autoridad y respectabilidad y –lo que no era de desdeñar para un religioso- cierta independencia a los que lo llevaban. Pero todas esas razones, sin duda alguna bastante complejas, no llegan a ocultar, según creo, la motivación primera que es llegar a una acrecentada eficacia mediante el ejercicio de la predicación. Pero también se comprende que Paravicino fuera celoso de su título y que, a veces, se escudara tras él en las ofensas que recibía, como por ejemplo en el caso que le opuso a Calderón en 1628. En todo caso, ese título de Predicador Real nunca fue para Fray Hortensio sólo un título honorífico y no se le puede tachar el haber llevado su cargo con ligereza. Parece que siempre mostró en este dominio una incansable capacidad de trabajo, lo que es también un rasgo distintivo de los « apasionados ». Se podrá objetar que *sólo* han llegado hasta nosotros unos cien sermones suyos, lo que puede parecer muy poco en comparación con otros predicadores coetáneos que publicaron a lo largo de su vida prolijos sermonarios. Sabemos que a Paravicino no le importaba publicar sus sermones ordinarios y todo lleva a pensar que escribió y claro, *a*

*fortiori*, que predicó muchísimos más. A menudo subrayaba su asiduidad y constancia, recordando a sus auditorios el cómputo de sus años de predicación :

Diez años ha, fieles de Madrid, que os predico ese Evangelio en este lugar mismo (sermón del primer Domingo de Cuaresma de 1617)<sup>4</sup>.

Y también :

Veinte os he predicado ya en este sujeto ¡Oh púlpito!, y en otros, ¡Oh, Madrid!, siempre. (sermón del miércoles de ceniza de 1627)<sup>5</sup>

Puede afirmarse que Fray Hortensio había hecho del ejercicio de la predicación el eje mismo de su vida personal de religioso así como una verdadera misión. Para él, esa misión se identificaba con la defensa del sistema de valores sobre el que se asentaba la sociedad española en tiempos de los Austrias, en particular en lo tocante a la religiosidad y al patriotismo, sin olvidar el culto por la vida de familia. Tal vez por las condiciones de su nacimiento ilegítimo y de su niñez de huérfano de madre, guardó hasta el final de su vida un apego muy fuerte a los vínculos de familia, así como, podríamos decir, al « clan » de sus allegados y de sus amigos. Con mucho esmero reunió varios documentos sobre la historia de sus antepasados los Paravicino del milanésado y sobre el blasón de su familia, tanto por el linaje paterno como por el materno de los Arteaga, aunque, la verdad sea dicha, la autenticidad y el rigor de esas « reconstituciones » parecen muy dudosos. Entre los manuscritos perdidos o los proyectos que anunciaba Fray Hortensio al final de su vida, hay muchas obras de índole histórico. Este gusto por la historia, este apego al pasado, eran de honda raigambre en Fray Hortensio.

Todos estos rasgos de carácter presentan gran coherencia y señalan la inclinación por la magnificencia que movía a Paravicino y revelan las tendencias profundas frecuentes en los apasionados. Son rasgos que plasman a menudo en sus sermones, particularmente en los que predicó en presencia del rey y de la corte, en las oraciones fúnebres o en los predicados a raíz de acontecimientos de gran resonancia en la vida de la villa y corte de Madrid.

\* \* \*

Para proseguir en el estudio de la personalidad de Paravicino, podemos apoyarnos ahora en algunos escritos suyos de particular interés. Desgraciadamente casi no disponemos

---

<sup>4</sup> - Cito por la edición más completa y más autorizada realizada en el siglo XVIII por el provincial de Castilla, Fray Alonso Cano : *Oraciones Evangélicas o Discursos Panegyricos y Morales del M. Fr. Hortensio Félix Paravicino...*, seis tomos, Madrid, Joachin Ibarra, 1776. En abreviado : *Oraciones...* con indicación del tomo y de las páginas citadas. Aquí : *Oraciones...*I, p. 156.

<sup>5</sup> - *Oraciones...*I, p. 62.

de textos personales como cartas familiares o de confesiones. Pero podemos valernos de pseudo-cartas que son las dedicatorias de los sermones sueltos impresos en sonadas ocasiones, del Memorial dirigido al rey, de un Parecer y de las declaraciones hechas por Fray Hortensio en procesos de información.

### **Las dedicatorias.**

A pesar de estar vaciadas en un molde regido por las leyes del género, las dedicatorias de los sermones sueltos constituyen documentos en los que Fray Hortensio destinatario de un mensaje se dirige a un personaje eminente que es su único destinatario. Desde luego en esas dedicatorias escribe en primera persona y debajo de ese « yo » se expresa una parte de la verdad de su persona. El análisis de esas páginas se revela pues de sumo interés.

Fuera de algunas consideraciones propias de cada caso, esas dedicatorias ofrecen un núcleo que es casi siempre el mismo. Fray Hortensio presenta primero su sermón como objeto sin importancia, que no merece que se le aprecie, llegando incluso a calificar su sermón de « borrón ». Pero en seguida después subraya que ha recibido la orden de darlo a la imprenta y que, entonces, se somete a la obediencia. Rasgo de falsa modestia, por supuesto, pero no se trata de pura vanidad que detrás de la negación deja transparentar mejor una posible afirmación, sino que hay aquí un auténtico movimiento de orgullo, poco después el discurso evidencia que el autor tiene su obra en gran aprecio. Así en la dedicatoria a Fray Luis de Aliaga :

Pero habiendo mostrado Vuestra Paternidad Reverendísima, luego que llegó a aquel lugar, deseo o gusto de ver en público estos borriones, libres van de cualquier censura, a lo menos no atentos a ella, pues, cuando granjeen menos estimación, acreditan más su obediencia<sup>6</sup>.

Así también en la dedicatoria al Conde duque de Olivares de los Epitafios a Felipe III :

De orden de su Majestad me escribió el conde de Arcos hiciese uno o dos epitafios...Hallóme nuevo el mandato...Todavía en medio de la incapacidad topé con la obediencia<sup>7</sup>.

O aun en la dedicatoria a la reina Isabel de Borbón para la oración fúnebre de Fray Simón de Rojas :

Las honras ...me ordena la obediencia que dé a la estampa<sup>8</sup>.

Lo mismo en la dedicatoria a Felipe IV del Panegírico funeral de Felipe III<sup>9</sup> :

---

<sup>6</sup> - Véase mi edición de los *Sermones cortesanos*, p. 51.

<sup>7</sup> - *Sermones cortesanos*, p. 91.

<sup>8</sup> - *Sermones cortesanos*, p. 109.

<sup>9</sup> - *Sermones cortesanos*, p. 191.

Humilde, a los pies de Vuestra Majestad, pongo en sus manos, no ofrecimientos míos, sino obediencias...

Pero, a continuación, en un segundo movimiento Paravicino pone el acento en los vínculos que lo unen al destinatario cuya estima le honra y protege su obra poniéndola fuera del alcance de los maldicientes y envidiosos. Pero, sobre todo, a partir de ahí, se pone en obra un movimiento de amor propio : si alguien tan eminente como el dedicatorio manifiesta estimación por la obra que va a ser impresa, es que ésta no carece de méritos. Acentuando la falsa modestia, Fray Hortensio prosigue así :

Porque, ordenándome Vuestra Majestad que le dé a la estampa (examen duro que ni a excusas ni a enmiendas da lugar), juzgar debo de tan benigno como real ánimo que ha querido Vuestra Majestad servirse de premiar mis deseos con su juicio, no de castigar mis errores con su imperio.

Podría citarse aquí la dedicatoria entera del Panegírico funeral a la reina Margarita de Austria (1628) al cardenal-infante don Fernando que contaba entonces diecinueve años y que distaba bastante de las preocupaciones literarias ostentadas por el autor. Esta dedicatoria es, creo yo, el ejemplo más completo y más acabado escrito por Fray Hortensio. Después de recordar la precedente oración fúnebre a Felipe III, dedicada a Felipe IV (1625), Paravicino se dirige así al cardenal-infante<sup>10</sup> :

Estos segundos borrones ampare vuestra Alteza...

Y tras algunos elogios prosigue :

Aliento que casi está para atrever a la afabilidad de Vuestra Alteza alguna respuesta, no satisfacción a tantas censuras.

Se ha soltado la palabra sensible : *censuras*. Por supuesto Fray Hortensia sufre de una profunda herida que cicatriza mal. Podemos recordar, en particular, la censura anónima que se había difundido en 1625 y a la que contestó Jáuregui en su *Apología por la verdad*. Paravicino aumenta el encarecimiento :

No sé si las llame envidias...

La oposición funciona perfectamente : si *censuras* podría dejar sobrentender críticas merecidas por las insuficiencias o los defectos del sermón, *envidias* supone celos de inferiores, envidiosos del éxito. Con bastante habilidad Paravicino recalca su humildad y su modestia :

...por no arrojarme más animoso, ni recibir más calor del que la humildad de criado y la modestia de un religioso deben creer a los rayos de Vuestra Alteza.

A continuación viene una afirmación bastante alejada de la verdad :

De tantas censuras [...] desatendí siempre.

---

<sup>10</sup> - *Sermones cortesanos*, pp. 221-224.

Esta afirmación queda desmentida por la insistencia que pone Paravicino en desarrollar la palabra *censuras*. No se trata sólo del rechazo altivo de quien se sabe censurado porque incomprendido, e incomprendido porque superior. Debajo de la aparente serenidad, se percibe que Fray Hortensio es sensible a los golpes recibidos. La obsesiva insistencia con la que se repite el tema de las censuras y de la envidia bajo su pluma traduce traduce el sufrimiento de no ser unánimamente apreciado, aplaudido y amado. Grande es la tentación de recordar aquí el drama de la infancia del huérfano ilegítimo, del niño mal querido y mal tratado por la áspera madrastra y el pesar engendrado por los esfuerzos mantenidos para superar las vicisitudes antes de llegar a imponer la « verdad oficial » de un nacimiento legítimo, verdad oficial siempre frágil y siempre amenazada de caer de nuevo en tela de juicio. Paravicino no olvida que cuando se graduó de licenciado y luego de maestro en teología por la Universidad de Salamanca cinco catedráticos de ambos derechos intentaron oponerse al examen, por razones hoy desconocidas ya que las piezas originales adjuntas a las actas del « licenciamiento » desaparecieron de los archivos. Cuando en 1621 redacta la dedicatoria del Epitafio o Elogio funeral al rey Felipe III al conde de Olivares<sup>11</sup>, que precisamente había sido rector de la Universidad de Salamanca (con la edad de quince años) en los años 1601-1604, Paravicino alude a las dificultades puestas por los cinco catedráticos :

Fue Vuestra Excelencia el patrón y el abrigo, si no el puerto, a tanta tempestad como armó contra mí la envidia. Ésta dura como sombra y me pudiera atemorizar como aparecida, no natural para consolarme, porque no hallo yo en mí luz de donde, por interposición de otro cuerpo, pueda causarse.

Fray Hortensio se da, no sin cierta dramatización, la ventajosa posición de la víctima injustamente perseguida, pidiendo a Dios

El valor para recibir mortificaciones, las que vienen calumnias, y más si fuesen de hermanos aunque mayores.

En 1628, Fray Hortensio debía de sentirse aún dolido por los terribles versos « anónimos » escritos contra él por otro trinitario de Toledo y también por la *Censura* de 1625, pero en la dedicatoria sigue aparentando humildad y benignidad :

A nadie, a nada he respondido. No por desprecio, que soy y debo ser muy humilde, ni por constancia, que no necesitan tales injurias de tanta resistencia. Blando, sí, excusé manifestar con afectación impaciente a mis desagradados (sea ingénuamente dicho) los errores que la verdad, con severidad tranquila y risueña, les enseñaba.

Semejante humildad no llega a ocultar el contento de sí mismo, la conciencia de haber salido con éxito, ahí donde otros fracasaron. Y si afirma estar dispuesto a reconocer sus fallos, deja sobrentender que ya tiene numerosos seguidores e imitadores en el púlpito. Debajo del ropaje

---

<sup>11</sup> - *Sermones cortesanos*, pp. 91-93.

mitológico (Dédalo e Ícaro) justifica su obra creadora. Comparándose con Cristóbal Colón, afirma con sereno orgullo que su ejercicio de la oratoria sagrada ha sido positivo y reivindica su éxito, aun cuando despierta reacciones de rechazo. La concesión :

Más allá del seso, debo de pecar yo en el estilo<sup>12</sup>

Más que como la confesión de un falta, suena como el placer del triunfo.

Con esta ojeada de las cartas-dedicatorias podemos formarnos una idea un poco más precisa de la personalidad de Fray Hortensio, quien ostenta gran humildad tanto en su obra como en sí mismo, pero quien, al mismo tiempo, deja transparentar una aguda conciencia de su propia valía. Más allá de lo convencional e hiperbólico que siempre hay en tales dedicatorias, sobre todo cuando van dirigidas a los más eminentes personajes del estamento, sabe él hallar las palabras y las fórmulas que pueden captar el interés y la benevolencia del destinatario, para recibir los destellos y la protección que le ponen, por lo menos en parte, a resguardo de los ataques de los que es víctima. Pero bien se infiere que su sensibilidad es muy vulnerable y que esa debilidad nunca sanará.

### **El Memorial al rey de 1628 : el arte de la amalgama.**

No recordaremos aquí el enfrentamiento que opuso Fray Hortensio Paravicino y Pedro Calderón de la Barca, caso harto conocido y relatado por varios críticos<sup>13</sup>, pero creo interesante examinar de qué manera Fray Hortensio introduce y presenta su queja al rey, en un Memorial conservado hoy en la Biblioteca española de Madrid (Ms 18.697/75 f. 52-57). En su comedia *El Príncipe constante*, Calderón ponía en boca del gracioso Brito los versos siguientes :

Una oración se fragua  
Fúnebre, que es sermón de Berbería,  
Y en emponomio horténsico me quejo,  
Porque este enojo, desde que se fragua  
Con ella el vino me quedó, y ya es viejo.

---

<sup>12</sup> - *Sermones cortesanos*, pp. 223-224.

<sup>13</sup> Véase en particular el *Ensayo sobre la vida y obras de D. Pedro Calderón de la Barca*, de Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, 1924, pp. 13-15, y el artículo de Edward M. Wilson « Fray Hortensio Paravicino's protest against *El Príncipe constante* » que publica íntegramente el memorial de Paravicino y el parecer del cardenal de Trejos, en *Ibérica*, 6, 1961, pp. 245-266. Véase también mi comunicación en el Congreso Calderón de Madrid en 1980, publicada en las actas que constituyen el número 6 de los *Anejos* de la Revista *Segismundo*, Madrid, 1981, pp. 1259-1269.

Además de la satírica carga del *emponomio horténsico*, las palabras *oración fúnebre* y *panegírico* aluden claramente a las oraciones fúnebres de Felipe III (1625) y de Margarita de Austria (1628). Precisamente la *Censura* anónima de 1625 (a la que respondió Jáuregui en su *Apología por la verdad*) desarrollaba como una de las primeras acusaciones el empleo de esos términos. Paravicino se sintió muy herido, y bien se comprende. Calderón había apuntado certeramente. Se mofaba del lenguaje culto empleado a veces por el Predicador Real, asimilando, según era frecuente entonces, el estilo y el vocabulario cultos a una algarabía o lenguaje de Berbería (tanto más a propósito que los héroes de la comedia están desembarcando en las costas marroquíes). Fray Hortensio valoró perfectamente el alcance de la sátira. La lógica fuera que respondiera colocándose en el mismo terreno, con argumentos literarios y estilísticos. Ahora bien, lo que hace es dejar este terreno en el que se le atacaba personalmente para colocarse en otro mucho más general y superior. Se presenta como predicador atacado como tal y asimila las mofas de Calderón a una censura del contenido de las oraciones fúnebres. Muy pronto, con evidente exageración y voluntaria deformación, practica la amalgama con sus inevitables consecuencias : el predicador/el rey/la Iglesia/la religión. Denuncia :

Una furia que tanto ruido muestra de herética como de traidora, blasfemando la palabra de Dios y escarneciendo las honras de los padres de Vuestra Majestad con apodos de Alcorán y sermón de Berbería en la infamia de los teatros.

Hay que subrayar que Fray Hortensio no vacila en asimilar su persona y su caso individual a la función o cargo oficial, lo que, psicológicamente es muy importante. Él « se siente » Predicador Real, « encarna » plenamente la función, lo que explica que su temperamento apasionado se inflame y acreciente de manera muy consciente la exageración y la deformación, como lo subraya el *Parecer* del cardenal de Trejos (Protutor de los teatros) :

En cuanto a la queja del padre Fray Hortensio, como es tan gran predicador, la sube de punto, y parece que con la interpretación que da a los versos quiere hacer interesados en esta copla a la religión católica y a Vuestra Majestad, diciendo que se habla mal de los sermones y doctrina evangélica y de sermones predicados a honras de Sus Majestades que están en el cielo.

El sistema de defensa se desborda. Con la fogosidad de los apasionados, Fray Hortensio exalta su propio *ego* y hace mención, con cierta ingenuidad, de sus méritos, de sus servicios e incluso de sus éxitos, aun cuando, por exceso de falsa modestia, había afirmado poco antes que se no trataba de su propia honra, ya que la ofensa recibida justificaba que se le considerase (¡nada menos!) como imitador de Cristo.

Mas no se trata de mi honra aquí, que ésta grande me la ha dado Dios por mano de don Pedro Calderón y estos representantes, que ya sabe Su Majestad de los pecados insolentes de sus enemigos labrarle a su hijo corona.

Una vez más sobrepasa su caso personal valiéndose de semi-verdades y de casi-mentiras, para hacerse el portavoz de valores superiores :

No se trata pues aquí, Señor, causa mía, la de Dios se trata y la de Vuestra Majestad, después de ella. Para los apasionados, el fin justifica los medios. En este papel de portavoz que se confiere Fray Hortensio, sabe hallar el tono profético para defender la religión cristiana concebida como organización global de la vida social, como lo hará en los grandes sermones de 1633.

Semejante documento nos deja algo perplejos. Si Fray Hortensio era capaz de mostrarse tan agresivo y si no vacilaba en valerse de algunos « afeites » de la verdad para presentarse en posición ventajosa, tal empeño exagerado traduce la intensidad del sufrimiento experimentado. Este episodio marcó profundamente su sensibilidad, como se nota en una carta dirigida poco después a Pellicer. También se podrá ver el difícil soneto « A Vos, Señor, y a Vos crucificado... ».

### **Las declaraciones de Paravicino en interrogatorios de información.**

El problema de la sinceridad o de la duplicidad merece que nos detengamos un poco. Es un asunto céntrico para valorar la actitud de Fray Hortensio en casos importantísimos, en particular en el interrogatorio de limpieza de sangre de 1617 previo a su nombramiento como Predicador Real.

Hoy sabemos, a ciencia cierta, que Fray Hortensio había nacido hijo natural, o sea ilegítimo<sup>14</sup>, y a buen seguro el interesado no podía ignorarlo. No obstante, en 1617 (o probablemente antes) hizo todo lo que pudo para que se reunieran las condiciones necesarias para abrir paso a una posible « verdad oficial » que estableciera como legítimo el nacimiento en 1580 y, por ende, la limpieza de sangre del pretendiente a Predicador Real. Publiqué *in extenso*, hace años, los documentos relativos a la información solicitada por el cardenal Diego

---

<sup>14</sup> - En 1600, Don Mucio Paravicino dirigió al rey un memorial pidiendo una real cédula para que sus tres hijos tengan la posibilidad de gozar de « honras, oficios y preeminencias » y para los dos legítimos, « beneficios y prebendas eclesiásticas ». Don Mucio declara formalmente que « siendo soltero tuvo un hijo natural que se llama Hortensio Paravicino ». Publiqué dos veces, con transcripción completa y reproducción *fac-simile* el documento conservado en el legajo 4.416 de *Consejos* (f. 68 r-v) en el Archivo Histórico Nacional. Véase mi artículo « Nuevos elementos para la bio-bibliografía de Fray Hortensio Paravicino », *Criticón* 46 (1989), pp. 109-124 y mi libro *Paravicino y su familia*, Toulouse, éd. Hélios, 1994, pp. 55-58.

de Guzmán, patriarca de las Indias, capellán mayor y limosnero mayor del rey<sup>15</sup>. Lo que llama la atención en este interrogatorio es la extremada habilidad de Fray Hortensio en no incurrir en la pura mentira. Siempre se vale, en las declaraciones que responden a preguntas precisas, de fórmulas imprecisas como « entiende que », « ha oído siempre decir ». Para terminar, recuerda al juez que ya tuvo necesidad de hacer información sobre su bautismo (probablemente para su ordenación sacerdotal) y que como no se encontraba la partida de nacimiento o fe de bautismo por faltar muchas páginas en el libro de actas de la iglesia de San Sebastián de la calle de Atocha, se hizo una información oficial « por la cual consta fue bitaçado [*sic*] en dicha iglesia de San Sebastián, de dichos padres ». Para confirmar sus declaraciones, Fray Hortensio « exhibió » entonces dicha información y también « hizo demostración de un grimio latino » y de « otro instrumento latino ». Estos documentos (de autenticidad muy dudosa) le fueron devueltos. Requerido « una y otra vez, y tomándole juramento » Fray Hortensio no vaciló en jurar « *in verbo sacerdotis*, poniendo la mano en el pecho, que todo lo que tiene dicho es verdad ». También hizo mención del acta de renuncia de su « legítima » firmada en Salamanca en 1600 cuando era novicio en el convento trinitario de extramuros de dicha ciudad, pero nunca apareció tal documento. Todos los fallos o lagunas de esta infomación fueron superados gracias a la cooperación de numerosos testigos muy bien « aleccionados » y, según parece, gracias a la benevolencia del juez y de las autoridades superiores. Finalmente el contenido de la información fue aprobado y definitivamente dado por bueno. Paravicino obtuvo la real cédula y fue recibido y asentado como Predicador Real el 29 de diciembre de 1617. Había triunfado la « verdad oficial » deseada por todos y ésta se transmitió oficialmente hasta nosotros, en detrimento de la estricta verdad.

Como lo hemos dicho ya, Fray Hortensio, que tenía plena conciencia de la importancia de su misión de predicador del santo evangelio, puso todo su empeño en alcanzar el cargo de Predicador Real, no tanto por razones de interés egoísta, como por motivos más nobles, en particular el deseo de llegar a una mayor eficacia en el ejercicio del púlpito. Una vez más podemos comprobar que para los apasionados, el fin justifica los medios.

Pocos años después de la información de 1617, Fray Hortensio volverá a ser interrogado en un episodio de poca monta para lo que nos interesa aquí : el caso de la queja de Torres Rámila tocante a la publicación de la *Expostulatio Spongiae*<sup>16</sup>. Muy ligado a los lopistas y a Lope de Vega en persona, Paravicino no podía desconocer la verdad. Las

---

<sup>15</sup> En el libro *Paravicino y su familia*, citado en la nota anterior.

<sup>16</sup> - Véase Joaquín de Entrambasaguas, *Estudios sobre Lope de Vega*, Madrid, Real Academia Española, 1954, tomo II, pp. 108-112.

respuestas a las preguntas que le pone el juez Pérez Roy repiten la misma estrategia que en 1617. Fray Hortensio finge no estar enterado de nada y multiplica las fórmulas como « ha oído decir » o « ha tenido noticia » arreglándoselas para « nadar y guardar la ropa », sin afirmar mentiras gordas ni caer en la pura hipocresía.

Podríamos, por fin, sacar como ejemplo la carta dirigida a Fray Josef Laínez, quien le había pedido su parecer sobre su *Panegirico del Excelentísimo Señor Conde Duque*. El libro no podía imprimirse, por voluntad superior. Frecuentemente lisonjero para con los poderosos de la corte, Fray Hortensio no podía censurar en Fray Josef los excesivos elogios dirigidos al valido. Con bastante habilidad consigue formular su parecer con sinceridad. Confiesa primero :

Díceme Vuestra Paternidad que le diga mi parecer en este *Panegirico al Conde Duque*. Confieso a Vuestra Paternidad que deseara mucho excusarlo, porque he podido entender que por razones de estado desean no se divulgue, y yo soy mal dichoso con mi ingenuidad en estas materias...

Y una vez más vuelve sobre el tema de las rencillas entre los ingenios y literatos de la villa y corte :

De más que en batallas de escritos y pluma estoy más acostumbrado a sufrir y desatender que a quejarme o porfiar, y así lo aconsejara de buen amigo a cualquiera amigo.

Tales afirmaciones quedan desmentidas por la aspereza de las reacciones que tuvo Fray Hortensio en el episodio contra Calderón o contra el fraile autor de versos satíricos infamantes contra él. Hay pues que leer con suma cautela los numerosos pasajes en los que Paravicino se presenta como de corazón manso y humilde. En el sermón al nacimiento de la Virgen, de 1632 o sea casi al final de su vida ha dejado un como autoretrato :

Yo confieso ingenuosamente que sin vanidad puedo asegurar de mí que para ninguna materia hallo en mí genio arrojado. Ni me desvela la ambición ni me arrastra la codicia. No sé donde cae el odio y así, menos la venganza . Pero un natural desmayo, que me desvía de las obligaciones de perfección que son de mi estado, una blandura culpable a no obrar con brío, una sencillez a no pensar mal del otro, un dejamiento en las ocasiones forzosas, temo que es dureza de corazón y que me puede perder por eternidades. Y lo peor es que acaso pienso que no son culpas las que son, porque como no ejecuto violencias, no parece que rompo obligaciones<sup>17</sup>.

Casi siempre en un autoretrato uno representa la persona que ambiciona ser más que la que es en realidad. Pero siempre es significativo de cierto ideal que uno procura. Démos crédito a Fray Hortensio de esa voluntad de mansedumbre y de sinceridad, rasgos que, si duda eran los que percibían sus coetáneos. No cabe duda de que la personalidad de Fray Hortensio le

---

<sup>17</sup> - *Oraciones...*IV, p. 132.

granjeaba, de manera general, la simpatía de los seres con quienes convivía. Los testimonios son demasiado numerosos y concordantes para que se pueda dudar de ello, a pesar de algunos recios episodios muy conflictivos. Una de las razones de la casi general aceptación que recibía Fray Hortensio, tal vez la mayor, podría ser su habilidad en presentar bajo un aspecto favorable a su causa los elementos más complejos de la realidad del mundo que lo rodeaba.

\* \* \*

Personalidad de los tiempos del Barroco, Paravicino vivió plenamente las contradicciones de su siglo : mundano y ligero o incluso manierista en su poesía profana, procuraba ser ingenioso o conceptista en su poesía religiosa. En sus sermones, sin olvidar el mensaje evangélico y la voluntad de adoctrinar a los oyentes, censurando sus defectos, Fray Hortensio se muestra ante todo atento a la elegancia del discurso. Siempre se afana por lograr un efecto de novedad hacia un auditorio más deseoso de divertimento mundano o de placer literario que de austera espiritualidad. Tiene perfecta conciencia de vivir en plena ambigüedad y de estar « demasiado » cercano a los cortesanos, integrado a aquellos a quienes ha de predicar la moral evangélica. En el sermón del cuarto domingo de Adviento (de 1632), un año antes de morir, Paravicino saca el balance. Después de notar, con cierta amargura

Que la costumbre de las Cortes quita a los maestros de Dios la libertad o les quita el respeto...<sup>18</sup>

Examina con lucidez su propio caso y se interroga :

...de un Predicador común ¿qué podrá decirse? Y que efecto hará la doctrina del que vino casi sin barba al lugar donde nació y está en él hasta cargarse de canas, no por diez, sino veinte y seis años continuos, que es familiar de los mismos a quien predica ; y para un día que le ven en el sermón, le tratan muchos en la conversación ; que por tener genio blando y no inculto, no huye las pláticas cortesanas, cuando no súfrelas indignas. Y quizás le oyen más de curiosos de su ingenio que de devotos de su doctrina<sup>19</sup>.

Semejante confesión, casi auto-crítica, nos permite destacar la primera de las características mayores de su predicación que él mismo expone con mucha claridad. La moral que predica no es una moral ascética o bañada en misticismo. Se dirige a fieles que viven « en el mundo » o sea el mundo de los cortesanos. Consciente de sus deberes de apóstol de la palabra divina y de su misión de profeta, afirma :

---

<sup>18</sup> - *Oraciones...*, I, p. 41.

<sup>19</sup> - *Ibidem*.

Esto se ha de predicar : penitencia. Y esto se ha de predicar aun cuando salgan algunos oyentes ofendidos de las doctrinas más generales, que penitencia en nuestro español es pesar. Sermón de quien ningún pecador sale lastimado, aun no es comedia<sup>20</sup>.

Pero Fray Hortensio sabe mirar de frente la verdad y mostrarse « realista » con respecto a la sociedad mundana que le oye. Por lo tanto la moral que predica es una moral para fieles que viven « en el mundo », sin ascetismo ni misticismo, como él mismo lo subraya en el sermón del Niño perdido de 1621, en un pasaje que merece ser reproducido, aunque sea un poco largo, porque deslinda perfectamente su moral y su espiritualidad :

No soy de los Predicadores escrupulosos que apuran con doctrina mística los oyentes, no porque ellos no hagan bien, sino porque yo tengo menos medrosos los sentimientos. No quiero yo, en doctrina de San Pablo, que dejéis la hacienda, pero tenedla como bien que es temporal : mirad al diamante, él parezcáos bien ; la gala, y no afectéis la austeridad, ni os hagáis cruces de ver la hermosura, pero miradla no más. Los resplandores y el brillo de la piedra, la comodidad de la hacienda, el lustre de la gala, lo puro de la hermosura, prendas son que merecen verse, pero no considerarse. Dadles las manos al ambar, si os parecen bien unos guantes, los ojos al Prado, si os agrada un día de sol a la ocupación decente, y entretened vuestra persona. Pero la consideración, las veras, el alma, sólo a Dios y a los bienes del espíritu. Mirad, pues, las cosas humanas como cosas que, aunque no queráis, habéis de perderlas, pero no consideréis sino las que han de durar : *Non contemplantibus*. Y no me juzquéis por poco espiritual en esto, que esta doctrina es de una Corte, y no de una Religión<sup>21</sup>.

Nutrido de las fuentes tradicionales, Fray Hortensio se vale a menudo de la Biblia, de los grandes autores griegos y latinos, de los Padres de la Iglesia y de los escolásticos. Pero nunca se inscribe en una espiritualidad determinada o en una marcada escuela teológica. Lo importante para él es el cauce céntrico de la fe, sin ratiocinios, como lo nota en el sermón del viernes de la cuarta semana de Cuaresma (de 1621) a propósito de Marta que dudaba de la posibilidad de resurrección de su hermano Lázaro :

...que la fe sutil está a deslizarse. Nunca lleguéis a discurrir en lo que habéis de creer<sup>22</sup>.

Sabemos muy poco de la vida interior de Fray hortensio y de sus inclinaciones y propensiones o pulsiones íntimas. Podemos suponer que como todos los seres apasionados, tenía, por naturaleza, fuerte voluntad capaz de imponer su ley y privilegiaba la realización de sus proyectos o la acción por realizar, en detrimento de los afectos pasajeros. Cuando, al final de su vida, después de sufrir disgustos y vejaciones, llegó a « resignarse », empezando a escribir un tratado neoestoico (la *Constancia cristiana*). Este tratado no es un verdadero discurso de espiritualidad, sino un comentario de vida práctica que, para decirlo mejor,

---

<sup>20</sup> - *Oraciones...* I, p.25.

<sup>21</sup> - *Oraciones...*III, p. 168.

<sup>22</sup> - *Oraciones...*II, p. 150.

presenta la « Constancia cristiana » y la « tranquilidad del ánimo » como un desarrollo interior, bajo la mirada de Dios, pero que incluye las obligaciones y compromisos sociales a los que nadie ha de escapar. En este sentido, no es de extrañar que el sentimiento religioso en Fray Hortensio se traduzca, casi siempre (menos en los pocos casos de sermones muy « teológicos »), y de manera coherente, por un discurso moral relativo a la organización social, naturalmente *ad majorem Dei gloriam*, pero también, o quizás sobre todo, inscrito en un enfoque providencialista que supone que el « buen orden de la república » se logra por la perfección del « gobierno de Dios ».

\* \* \*

### **Providencialismo y estoicismo cristiano : el gobierno de Dios.**

Como varios ingenios coetáneos, Paravicino se había formado una visión de la sociedad o, de manera más amplia, una visión del mundo a partir de una peculiar síntesis de providencialismo, de neoestoicismo cristiano y de neoplatonismo. Para él, el microcosmos humano reproduce la estructura del mundo. Todo lo que tiene vida (el hombre, pero también el cuerpo social o la monarquía) procura conservarse y desarrollarse, aun cuando se sabe amenazado por la caducidad y la muerte. Para Fray Hortensio, evidentemente, el principio natural e inteligente de los estoicos, presente en todas partes y siempre activo, es DIOS. El Dios de la Biblia, trascendente y soberano, dueño absoluto de la historia, el que tiene entre las manos los acontecimientos o accidentes que rigen el destino de los individuos y de las naciones. Así que los pecados (que son rebeliones contra la ley divina) provocan la cólera de Dios y desencadenan su castigo. Ahora bien, esa sociedad, según la tradición procedente de la alegoría del cuerpo místico, Paravicino la ve como un « cuerpo » o como un « organismo » viviente, desde el rey hasta el más humilde de sus súbditos, colectivamente responsable *in solidum*, aunque con grados distintos, de los pecados cometidos :

El pecado es el que se debe temer, que es el empollón de la ruina de los reinos<sup>23</sup>.

Y aquí Paravicino establece una distinción entre pecado privado o individual y pecado público. Recalca que el hombre lo constityen un cuerpo y un alma, a los que corresponden por una parte la vida temporal o terrenal, y por otra parte la vida eterna. Si a Dios « no le da tiempo » ejercer su justicia en este mundo para cada uno de los hombres, tiempo le queda en toda la eternidad de su Providencia<sup>24</sup>. La vida en sociedad, el « cuerpo social », pertenecen plenamente a la vida temporal.

---

<sup>23</sup> Sermón del cuarto domingo de Adviento, *Oraciones...* I, p. 30.

<sup>24</sup> En esto el Príncipe se ve invitado a no seguir el mismo camino que Dios y a ejercer en todo caso su justicia, premiando a los buenos y castigando a los malos, lo que es para él ineludible obligación.

Pero de España no hay cuerpo y alma eterna : todo es temporal y así, si no premia o castiga Dios al gobierno de las repúblicas, no le queda ocasión a su Providencia.

¿Son luego pecados los males públicos? No hay dudarlo : por eso nos castiga Dios, nos azota...<sup>25</sup>.

Por « males públicos » Paravicino entiende los pecados que ponen en riesgo el funcionamiento del cuerpo social y concluye :

Vimos a los pecados causa de esta destrucción [de los reinos] y los pecados cuáles : luego, excusándolos, no hay por donde se piedra una monarquía...

Quédanos pues que ver el mejor gobierno de una república, para que a ella y al dueño aseguremos la duración, y dígolo en dos palabras [...] : premiar buenos y castigar malos, que ésta es la perfección del gobierno de Dios<sup>26</sup>.

En este enfoque providencialista se inscribe la visión que se hace Paravicino de la sociedad en la que vive.

### **Una sociedad jerarquizada.**

Esta sociedad, para Fray Hortensio, es la de la monarquía de los Austrias, el Madrid de Felipe III y de Felipe IV, con el gobierno de los validos y la presión de los cortesanos. Según la tradición imperante, es monarquista convicto, no con cierta inercia, como ha dicho José Antonio Maravall de Saavedra Fajardo<sup>27</sup>, sino con plena convicción, reconociendo al Príncipe plena y entera soberanía de origen divino. La persona del rey y, de manera general, toda la estirpe real, son sagradas y vinculadas a Dios. Lo puntualiza por ejemplo en la oración fúnebre de la Infanta Soror Margarita de la Cruz :

Se goza Dios particularmente en el culto y reverencia que le hace una persona real y religiosa y que le avecina a sí con un linaje de parentesco escondido<sup>28</sup>.

Como prueba, se puede ver el caso de Cristo, nacido en la más total pobreza, pero que no podía sino ser de estirpe regia, pues descendía del rey David. Paravicino opta pues resueltamente por una monarquía hereditaria :

Cuanta mejor manera de sucesión sea en los imperios y monarquías del mundo la de la sangre que la de las elecciones o nombramientos<sup>29</sup>.

---

<sup>25</sup> Sermón del cuarto domingo de Adviento, *Oraciones...I*, p.31.

<sup>26</sup> - *Ibidem*, p. 33

<sup>27</sup> - José Antonio Maravall : « Saavedra Fajardo : Moral de acomodación y carácter conflictivo de la libertad » en *Estudios de Historia del pensamiento español. Siglo XVII*, Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1975, p. 164.

<sup>28</sup> - *Oraciones...VI*, p.374.

<sup>29</sup> - Sermón del miércoles de Pasión, *Oraciones...II*, p. 205.

Como Predicador Real, Fray Hortensio predicaba a menudo desde el púlpito de la Capilla Real para el rey, aludiendo a veces a los deberes del soberano en la monarquía<sup>30</sup>. Según una tradición bien establecida, el predicador se vale las más veces de la comparación con un rey del Antiguo Testamento a quien toma por modelo : David, Salomón o Saúl, lo que le permite formular máximas o sentencias que podrían pasar por consejos, pero advierte :

...que es menester muy especial espíritu de Dios para decir a un Príncipe en el rostro libertades o ejecutarle a resoluciones<sup>31</sup>.

El rey, « padre común de la Pátria » lleva la responsabilidad de que reine la justicia, aun cuando se apoya en sus ministros :

A Dios, para criar todo, no le ayudó nadie. De la creación no hay instrumento, ni el mayor ángel lo es. Gobernar, pues, a los ministros toca con razón ; antes por fuerza lo debe hacer así el Príncipe comunmente. Supongo que han de ser ministros verdaderamente capaces y dignos de su lugar ; y siendo así, no hay otro gobierno. Eligir buenos ministros y dejarlos obrar ; porque apartarle las causas, o torcerles en ellas, sería gran daño. ¿Y si no fuesen tales? Quitarlos. ¿Y su honra? ¿Y el bien de la república? ¿Un daño particular y recibido ha de embarazar el bien común de todos? No. Quien conoce incapaz a un ministro y le sustenta en su puesto, cuantos yerros hace corren por él, y debe de hacer muchos el que lo fuese así. Sólo que no suelen ser éstos muy escrupulosos de elegir a otros. Mucha cuenta hay que dar a Dios. Toca pues a los ministros buenos el gobierno ordinario, pero al particular respeto del Príncipe toca obrar él algunas veces por sí<sup>32</sup>.

Se podrían multiplicar las citas que ilustran esa concepción piramidal del poder. Añadamos otra idea y es que el rey, los príncipes, los ministros y todos cuantos gobiernan, no sólo han de ser irrochables, sino que tienen la obligación de mostrar que lo son, como lo señala en el sermón del quinto domingo de Cuaresma (en la capilla real, al rey, 1628) :

... a las personas públicas y mayores nos les basta la inocencia, han menester la opinión. Y así Jesucristo, no contento con su verdad, la reduce hoy a la prueba. Puede con los hombres, como dijo Epitecto, más la opinión que no la verdad. Y así, quien ha de satisfacerles con la verdad, no debe menospreciar la opinión : a la verdad se debe atender. Más es tanta vida la de la majestad la reputación, que me atrevería a decir que en los mayores importa más que la verdad misma. Porque en la culpa secreta, dáse a Dios la cuenta, que sabe perdonar mucho, y en la pública a los hombres, que aunque sean súbditos (antes por serlo) no saben perdonar nada<sup>33</sup>.

---

<sup>30</sup> - Sería fácil, espigando frases enteras a través de sus sermones, componer un verdadero tratado *Del Príncipe*, tema abundantemente ilustrado en el Siglo de Oro.

<sup>31</sup> - Sermón del Miércoles de Ceniza de 1626, *Oraciones...I*, p. 101.

<sup>32</sup> - Sermón del viernes de la primera semana de Cuaresma, al rey, a 18 de febrero de 1633. *Oraciones...I*, pp. 304-305. En aquella fecha, pocos meses antes de morir, Paravicino goza de toda la confianza del entonces omnipotente valido, el conde-duque de Olivares.

<sup>33</sup> - *Oraciones...II*, p. 188.

Esta idea la recalca a menudo. Insisto porque creo que es una idea fundamental en la visión que se forma Paravicino de la sociedad, incluso desde el punto de vista moral. En el sermón de miércoles de Ceniza (1626) desarrolla :

La verdad de la ánima es la principal parte de la buena conciencia ; pero la apariencia virtuosa es gran seña en la obligación de cualquier cristiano. En los nobles, más. En los Príncipes mayor<sup>34</sup>.

No se trata de un prurito sobre la apariencia, incluso falaz, o sobre el aspecto externo de la honra. Trátase de salvaguardar las buenas reglas de una convivencia social. Los vicios más vituperados por Fray Hortensio, los que denuncia con mayor virulencia, son aquellos que ponen en peligro el orden social en una sociedad jerarquizada, en la que cada uno ha de quedarse en su sitio : la ambición, la soberbia y su corolario, la murmuración. Así lo dice en otro sermón del miércoles de Ceniza (1627) declarando que Dios amenaza lanzar sobre Madrid, nueva Nínive o Jerusalén pecadora, su fuego purificador :

Señor, Padre de misericordias, ¿Qué queréis ahora con tanto fuego? ¿A qué venís con tanto rayo? – Abrasar, dice Dios, soberbios, derribar ambiciosos, afrentar vengativos, castigar perjuros, oprimir murmuradores, infamar torpes, arderlos todos en llamas...<sup>35</sup>.

Y lo recalca en el sermón del cuarto domingo de Adviento (1632). Apostrofando a San Juan Bautista, *Vox clamans in deserto*, el predicador le invita a que venga hasta Madrid :

Juan no os quedéis en la región del Jordán. Venid a la de Manzanares. Veréis el verano en su río un bautismo de pecados, contra el vuestro de penitencia. Rodead el Prado, hallaréis coches más de temer que navíos de corsarios. Entrad en el lugar, hallaréis un desierto de virtudes, un poblado de vicios, una corte de víboras. Asomaos a las iglesias, descubriréis en la mayor gloria de Dios las mayores ofensas suyas. Visitad las casas de los ministros de unas y otras calidades, muchos buenos hallaréis, pero también muchos malos : el interés, la ambición, la falsedad, la injusticia, cuantos embiones puede padecer un reino para su ruina<sup>36</sup>.

Semejante pasaje y otros muchos de carácter más o menos « costumbrista » podrían servir para formar un catálogo de los estados de la sociedad madrileña que trasparecen en los sermones de Paravicino o que podrían servir para ilustrar un estudio psicológico sobre la justicia, el papel de la mujer, la frecuentación de las iglesias y otros temas. En el sermón del Niño perdido, de 1621, ya citado, se puede encontrar una precisa declaración del *Credo* social de Fray Hortensio, muy revelador del papel de guardián del orden establecido que, de hecho, desempeñaba :

---

<sup>34</sup> - *Oraciones...I*, p. 89.

<sup>35</sup> - *Oraciones...I*, p. 72.

<sup>36</sup> - *Oraciones...I*, p. 42.

Tenga estados la república. El caballero haga mal al caballo, que muy bien hace. El oficial descanse la fiesta. Tienda la señora el estrado. Guarde el hidalgo su casa y mire por ella. Pero todo eso sea mirar no más por el buen orden de la república<sup>37</sup>.

Pero al mismo tiempo, a pesar de su visión aristocrática de la sociedad y a pesar de participar en el poder que se ha podido llamar « represivo » de la monarquía absoluta, Fray Hortensio no dejaba de profesar desde el púlpito una moral fundada sobre la virtud personal y no sobre la jerarquía social y la sangre :

Que el ser grande señor e hijo de tales, no está en decirlo, ni en serlo. En que las acciones lo digan está. Nacer generosamente es heredar, vivir gloriosamente, aqesto es ser<sup>38</sup>.

\* \* \*

La semblanza moral y espiritual que hemos intentado presentar ofrece muchas facetas, a veces muy diferentes, cuando no opuestas. Personalidad de los tiempos del barroco, período lleno de contradicciones, Fray Hortensio vivió intensamente las ambigüedades en las que estaba sumergido. Si volvemos a preguntarnos frente al retrato pintado por el Greco ¿En presencia de quién estamos? ¿Quién era ese ser tan singular? No podemos dar una respuesta categórica. Muchos aspectos de su personalidad quedan determinados por su carácter apasionado, pero también son fruto de una vivencia muy acondicionada por su nacimiento ilegítimo, por la niñez de huérfano y por la tensión anímica que mantuvo a lo largo de su vida para « llegar a ser ». Si hemos percibido flaquezas, muchas de ellas se explican – y se perdonan – por la coacción que se imponía a él. Enteramente poseído por su « misión » de predicador, Fray Hortensio Paravicino desarrolló su peculiar visión del mundo o de la sociedad del Madrid del Siglo de Oro, en una teología moral que enseñaba las reglas de conducta individuales y colectivas en el marco ideológico de la monarquía absoluta de los Austrias.

(Article paru dans la revue *Trinitarium, revista de Historia y Espiritualidad trinitarias*, n° 15, 2006, pp. 39-57.).

---

<sup>37</sup> - *Oraciones ...III*, p. 169.

<sup>38</sup> - *Oraciones...I*, p. 112.